

EPHRAIM LESSING, G.: *Escritos filosóficos y teológicos*. Edición preparada por Agustín Andréu Rodrigo. Editora Nacional, Madrid, 1982.

Un período tan decisivo para la constitución de la cultura moderna como es la Ilustración rara vez disfrutó entre nosotros de un conocimiento que fuera más allá de los tópicos. Y, desde luego, si alguna tradición nacional era estudiada con mayor detalle esa era precisamente la Ilustración francesa. En cambio, la Ilustración alemana no ha pasado más allá de una consideración tangencial, en función de otros temas considerados más importantes. Sin embargo, en el seno de la Ilustración alemana encontramos figuras tan relevantes como G. E. Lessing, de cuya muerte se acaba de celebrar el segundo centenario. Lessing es, en efecto, una de las figuras más ilustres de la Ilustración europea, que es merecedor de una atención y estudio del que ha carecido hasta el presente en nuestro ámbito cultural. En este sentido cabe considerar como un buen homenaje a dicho pensador ilustrado, en ese segundo centenario de su muerte, la edición de una antología de sus escritos filosóficos y teológicos que para la Editora Nacional acaba de preparar Agustín Andréu Rodrigo. La misma editorial ya nos había ofrecido anteriormente la versión del Laocoonte en edición preparada por Eustaquio Barjau. Es preciso, por tanto, agradecer a esta editorial el que en su esfuerzo meritorio por hacer accesible al lector español toda una serie de clásicos fundamentales en cuidadas ediciones y con buenos trabajos introductorios haya reservado también un lugar para la obra de Lessing.

Dentro de la amplitud enciclopédica de la obra lessinguiana, Agustín Andréu nos ofrece una selección, tal como indica el título, de los escritos filosóficos y teológicos, en la que se encuentran algunas de las aportaciones más importantes del pensador ilustrado. Es cierto que Lessing llegó a confesar de sí que era un «aficionado a la teología y no un teólogo» y que otro tanto podría decir desde un punto de vista filosófico. No obstante, esta confesión no debe conducir a engaño, tal como repiten sus estudiosos, acerca de la gran cultura filosófica y teológica de nuestro autor, acerca de su independencia y carácter crítico, y también acerca de su voluntad de ensayar nuevas vías de pensamiento al margen de los estrechos cauces de la cultura oficial reinante.

La selección de escritos lessinguianos va precedida por un amplio introductorio, que abarca hasta la página 141. Se nos ofrece aquí una buena aproximación al universo espiritual de Lessing, en la que el autor hace gala de su amplia cultura teológica, filosófica y literaria. Sobre todo, teológica. Con ello, en definitiva, se hace justicia al mismo Lessing que, como es sabido, logró destacar en esos tres ámbitos. En nuestra opinión tal introducción resulta en determinados momentos un tanto prolija, pero, de todas formas, es de marcado interés teniendo en cuenta sobre todo la ignorancia casi total que suele haber de Lessing en nuestro ámbito cultural. Es preciso destacar asimismo el grado de «simpatización» que Agustín Andréu ha logrado alcanzar en su enfrentamiento con la obra de Lessing y su especial sensibilidad para poner de relieve aquellos aspectos de su pensamiento que han logrado permanecer más vigentes a la luz de nuestra situación actual. Creemos que con ello se prolonga un talento tan querido por Lessing: sus «salvaciones» y reivindicaciones de autores del pasado frente a los malentendidos y deformaciones de que había sido objeto.

El amplio estudio introductorio se articula en torno a tres puntos fundamentales: I) El individuo en el despliegue del Uno y Todo; II) Razón y revelación en la Historia, y III) El individuo en el horizonte de la muerte superada. En nuestra opinión es de particular interés el primer punto dado que orienta adecuadamente acerca del horizonte espiritual en que se va a desenvolver la obra de Lessing mientras que en los otros dos puntos se aborda una proble-

mática más específica que, como indicábamos, en determinados momentos nos resulta demasiado prolija. Por lo demás y aún cuando ello no tenga un mayor relieve quizá convenga señalar que el modo de hacer referencia a las citas no parece ser el que más facilita el trabajo del lector: nos referimos tanto al modo de situar las notas al final de cada punto como al grado de precisión de ciertas referencias bibliográficas.

Por lo demás, el notable esfuerzo llevado a cabo para acercar el pensamiento de Lessing al lector actual no se limita a lo realizado a lo largo del trabajo introductorio, sino que se prolonga a través de las numerosas y documentadas notas que acompañan a cada uno de los escritos que figuran en la presente selección. El autor declara ya al comienzo que ha querido «hacer bien accesible estos escritos a los estudiantes y ambientar el medio biográfico de Lessing» (pág. 10). Hay que reconocer que ha logrado conseguir su meta, por lo menos por lo que del autor depende. La acción combinada de la introducción y de las mencionadas notas permiten aclarar diversos puntos, que de otro modo resultarían oscuros al lector actual, por ser extraños a su horizonte ideológico.

Los escritos de Lessing aparecen distribuidos en tres apartados: 1) Primeros escritos; 2) Escritos filosóficos, y 3) Escritos teológicos. En nuestra opinión la elección de los textos escogidos es acertada. Nos limitamos a reproducir el criterio del autor: se ofrece la traducción de «la mayor parte de sus (de Lessing) pequeños escritos filosóficos, los que según Dilthey dieron el primer vuelco y la primera clave para penetrar en el fondo de la intención de Lessing» (pág. 9). Por lo que atañe a los escritos teológicos, el autor ha pretendido ofrecer «una parte importante y suficiente para hacerse cargo de lo que intentó hacer por y con el cristianismo (también eclesiástico) desde una cima que le daba abarcar el pasado, desde Homero y Moisés, hasta un desconfinado futuro que el hombre no es aún capaz de imaginar» (págs. 9-10).

Es cierto que no se ofrece la versión de «Natan el Sabio», una obra tan representativa del pensamiento de Lessing y que un autor como Dilthey no dudó en considerar como «el punto culminante a que llegó el arte de la época de las luces». Tal escrito, como ocurre en otras ediciones de la obra de Lessing, suele remitirse al apartado de su producción literaria, en la que ciertamente ocupa un lugar destacado. No obstante, la temática planteada en dicho escrito pertenece plenamente a la vez al ámbito de la problemática filosófica y teológica. Constatada esta interferencia inherente a la índole del escrito en cuestión aceptamos que no haya sido incluido en la presente antología.

Por lo que se refiere a la versión en sí nos parece que el autor hace gala de una cualidad fundamental en todo buen traductor: el saber aunar un buen dominio del idioma original y de aquel al que se trata de verter aquí. El resultado de todo ello es una versión fiel, expresada en un lenguaje fluido, sin asperezas, de fácil y agradable lectura. En líneas generales estamos de acuerdo con la versión ofrecida. Sólo de vez en cuando tendríamos algún reparo que hacer. Quizá también se haya suprimido de un modo innecesario algún matiz del texto original, si bien es preciso reconocer que no está en cuestión el sentido fundamental del mismo. Además no podemos olvidar que en un autor de la Ilustración los tecnicismos no suelen tener la relevancia que alcanza en otros representantes del pensamiento filosófico, en los que predomina el «uso académico» de la filosofía, como cabría expresarse en terminología kantiana.

Respecto a la problemática de los textos en sí nos gustaría destacar tres de ellos. El primero es el titulado «Diálogos sobre Espinosa y el espinosismo, mantenidos entre Jacobi y Lessing» (págs. 361-378), y que nos relata uno de los más famosos episodios de toda Ilustración alemana, que desencadenó la llamada

«disputa del panteísmo». Para sorpresa de Jacobi Lessing se declara partidario abierto de un filósofo maldito como pocos: B. Espinosa. «Los conceptos ortodoxos sobre la Divinidad ya no me aprovechan; no puedo saborearlos. Έν και πάλι! No sé otra cosa» (pág. 362). Para añadir un poco más adelante: «No hay más filosofía que la filosofía de Espinosa» (*ibid.*). A partir de este momento y por influjo del debate establecido entre Jacobi y Mendelssohn se produce un giro en la historia de la tradición espinosista, de gran relevancia para la historia posterior de la filosofía y la literatura alemana. Pensamos que ha sido un acierto la inclusión de este texto en la presente selección, dado que constituye un punto de referencia importante en la historia del pensamiento alemán y aunque abundaban las referencias a él no existía, que sepamos, ninguna versión de dicho texto.

Aparte de este influjo, confesado, de Espinosa, en el horizonte filosófico de Lessing hay que destacar la presencia del primer gran filósofo alemán Leibniz, al que Lessing va a dedicar más de un escrito. Es precisamente la famosa distinción leibniziana entre verdades de razón y verdades de hecho la que va a estar en el centro de un pequeño pero importante escrito «Sobre la demostración en espíritu y fuerza» (págs. 444-451), sobre el que también quisiéramos llamar la atención, dado que en él aparece con toda la claridad deseable la crisis religiosa, e incluso filosófica, del pensamiento ilustrado. Se trata del problema de cómo es posible armonizar el carácter supratemporal de las verdades de razón y la condición contingente de las verdades históricas. El problema se plantea, en primer lugar, para Lessing respecto a la positividad del cristianismo, vinculado esencialmente a la historia, pero exigiendo a la vez un grado de adhesión que no puede pretender ninguna verdad histórica, y que es propio más bien de las verdades de razón. Se trata, como es sabido, de la crisis de las religiones positivas en el pensamiento de la Ilustración y que abre el camino a una religiosidad «natural» válida para todo ser humano. A nivel de este escrito el pensamiento de Lessing queda situado al nivel de un enfrentamiento antitético: «Las verdades históricas, como contingentes que son, no pueden servir de prueba de las verdades de razón como necesarias que son» (pág. 447). Sería a los ojos de Lessing incurrir en lo que ya Aristóteles denominó «metábasis» al querer saltar de un nivel a otro. De ahí la desgarrada expresión lessinguiana, que llegó a hacerse famosa: «Ese, ese es el repugnante gran foso con el que no puedo por más que intenté bien en serio saltármelo» (pág. 449). Llevada la problemática religiosa al ámbito de la crítica, como talante específico del siglo de la Ilustración, Lessing abraza la convicción «de que el gran problema del cristianismo debía ventilarse en el terreno de la libre investigación.» Por ello no duda en provocar el escándalo publicando los fragmentos póstumo de Raimarus acerca de la crítica bíblica y en defensa de la religión natural. Ello supuso una de las conmociones más profundas de la conciencia protestante, que con razón suele ser comparada con la que va a provocar en el siglo XIX la publicación de la «Vida de Jesús» de Strauss.

Por último quisiéramos destacar la relevancia de uno de los más conocidos e importantes escritos lessinguianos. Nos referimos a «La educación del género humano», en la que ya se alcanza a superar la posición antitética entre la razón y la historia, que veíamos en el escrito anterior, de forma que se produce una importante aproximación al horizonte de la filosofía de la historia que va a defender Hegel al tratar de desarrollar el programa de la «razón en la historia». El escrito de Lessing, aunque de carácter aforístico, traza una importante filosofía/teología de la historia en la que se va a inspirar abundantemente la generación posterior. La antítesis deja lugar a la génesis y de esta forma las religiones positivas son consideradas como una importante etapa en el proceso de educación del género humano.

Por lo demás, la obra aparece pulcramente editada, tal como nos tiene acostumbrados la Editora Nacional, siendo realmente escasas las erratas que hemos podido encontrar. Por todo ello es preciso reconocer que nos encontramos ante una importante aportación acerca de una de las más destacadas figuras del pensamiento ilustrado.

A. GINZO

GONZÁLEZ ALVAREZ, Angel: *Juan Pablo II y el humanismo cristiano*. Fundación Universitaria Española, Madrid, 1982, págs. 367.

Este último libro del catedrático Angel González Álvarez sintetiza nitidamente muchas de sus ideas que ya en sus múltiples y reconocidos trabajos anteriores había expresado sobre el humanismo y sus diversas manifestaciones. La persona y los escritos del Papa actual, Juan Pablo II, son el motivo, y en no pocos momentos el camino, para una amplia exposición de los diversos humanismos y más concretamente para la defensa del humanismo cristiano. Los títulos de los diversos capítulos, que componen el libro, ya reflejan claramente el contenido de los mismos: *El problema del humanismo; Antecedentes hebreos del humanismo cristiano; El Papa Wojtyla y el misterio de la creación del hombre; La configuración paulina del hombre cristiano; Humanismo familiar; El humanismo social; El humanismo del trabajo; Teoría-praxis: Un tema humano y cristiano; El humanismo del amor*.

Acertadamente escribe Pedro Sainz Rodríguez, que prologa esta obra, que «a través de las páginas de este trabajo hallamos un estudio sistemático del problema del humanismo cristiano en nuestros días, fundamentado en la doctrina de la Iglesia, que impulsa nuestro actual Pontífice Juan Pablo II. Así, después de una exposición filosófica del tema, busca las raíces bíblicas del auténtico humanismo, que es apertura de la persona a la totalidad cósmica y a su Creador». En la exposición del humanismo cristiano el autor del libro constantemente hace referencia a los humanismos no cristianos, y más concretamente al humanismo ateo, a los que en todo momento trata de rebasar como humanismos insuficientes e incapaces de ofrecer una explicación convincente de la realidad enteriza del hombre concreto. En la demarcación entre un humanismo ateo y un humanismo teísta «no se trata de una mera ausencia de religión en el primero ni de una presencia efectiva de religiosidad en el segundo. Es algo más sencillo. El humanismo teísta concibe al hombre abierto a lo trascendente y con facultad para encontrarse con Dios en cualquier parte. El humanismo ateo se conforma alejando al hombre en el mundo y en el tiempo. El humanismo teísta busca más alta morada y exige perennidad» (págs. 9-10). Sin embargo, el humanismo teísta aquí defendido es el humanismo cristiano que tiene sus raíces fundacionales en la biblia, su plenitud en el mensaje de Jesucristo y su concreción operativa dentro de la iglesia de los creyentes en Jesús de Nazaret.

Don Angel subraya reiteradamente que el humanismo cristiano, tal y como se encuentra en la biblia, en la iglesia, en el Concilio Vaticano II y en el Papa actual, es profundamente dinámico y tiene su máxima expresión en la relación con el otro, con la comunidad, en el matrimonio y en el trabajo. Y todo se resumiría en el humanismo del amor: «Si tenemos en cuenta que el hombre